

Leg 8^o paquete 1^o _____ 23 ~~10 25~~ 61P

BIOGRAFIA DEL CELEBRE LEMERY.

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0618

23

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0618

DISCURSO
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL
D. ESPERIDIO GONZÁLEZ Y AMORÓS
BIOGRAFÍA DEL CÉLEBRE LEMERY.
EN LA ESCUELA DE INVESTIGACIÓN DEL DICCIONARIO
EN LA ESCUELA DE INVESTIGACIÓN DEL DICCIONARIO
MADRID
IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0618

U/Bc LEG 8-1 nº618

HTCA



1>0 0 0 0 2 8 6 4 8 3

BIOGRAFIA DEL CÉLEBRE LEMERY.

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0618

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO EN FARMACIA

D. EZEQUIEL GONZALEZ Y REGUERA,

en el acto solemne

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA MISMA FACULTAD.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL,

PLAZUELA DE ISABEL II, 6.

UVA. BHSC LEG.08-1 n°0618

1862.

DISCURSO

13100

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

FOR M. DICKINSON EN FARMACIA

D. ENRIQUE GONZALEZ Y REGURRA

en el acto solemne

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA MISMA FACULTAD



MADRID:

IMPRESA DE JOSE M. DUCANAL

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0618

1863

Excmo. é Illmo. Señor.

A la manera que cada nacion tiene su historia, en la que se consignan los hechos gloriosos que la enaltecen y los héroes que han contribuido á estender los límites de su territorio, así tambien cada ciencia tiene la suya y concede, á los que la han ido enriqueciendo con nuevos descubrimientos, con nuevas aplicaciones, un lugar distinguido en sus páginas que hace sus nombres inmortales.

La Farmacia, de igual suerte que las demás ciencias, tiene su historia propia más ó ménos brillante, segun la época en que la consideremos; tiene sus héroes, cuyos imperecederos nombres han pasado y pasarán á través de las edades para gloria del suelo que les vió nacer y orgullo de la profesion á que con tanto afan se dedicaron; tiene sus conquistas, las cuales, sin llevar en pos de sí los trastornos y desgracias que las alcanzadas por medio de las armas, producen, á no dudar, resultados más positivos y duraderos.

Esta ciencia, que con justicia pudiera considerársela casi tan antigua como el mundo, pues que el hombre enfermo al que-

rerse aplicar una sustancia que aliviase sus dolencias, tuvo precision de empezar por una operacion farmacéutica, la recoleccion, se limitó por muchos siglos á solo los productos naturales y más particularmente á los que procedian del reino vegetal; el no haber progresado más es debido, unas veces á hallarse radicados los conocimientos en determinadas familias, y otras á las circunstancias especiales de la época; así es que para que la Farmacia emprendiese el verdadero camino que debiera, y obtuviese los grandes recursos con que hoy contamos, fué preciso que en pos de locas pretensiones y ridículas creencias apareciese un hombre cual Paracelso, que con más jactancia y osadía que sólidos conocimientos, arrojase la semilla que tan sazonados frutos habia de suministrar en su dia, por más que él en sus limitadísimos conocimientos no comprendiese todo el bien que acababa de sembrar. Su discípulo Libavio, el más aventajado de los numerosos que tuvo, sigue la senda trazada por su maestro; pero dotado de conocimientos más profundos, á la vez que de un espíritu de moderacion é independencia, sabe tomar lo bueno de los autores antiguos y contemporáneos al mismo tiempo que refuta los errores en que ha incurrido su maestro, y de este modo consigue colocar á la ciencia espagírica en el verdadero camino que debia recorrer para llegar á ser el poderoso auxiliar de las ciencias médicas.

En el siglo xvi, que es al que nos referimos en nuestras anteriores líneas, los establecimientos farmacéuticos eran todavía en corto número y se limitaban á preparar los medicamentos officinales que no exigian grandes conocimientos en química, recurriendo á Italia, y con especialidad á Florencia y Ferrara, por los compuestos magistrales; pero merced á la cruda guerra que los paracelsistas hicieron al espíritu rutinario de los médicos, que se oponian á toda innovacion, y á la inercia de los boticarios que no trataban de aprender la preparacion de los remedios nuevos, los espresados paracelsistas logran fijar la atencion de estos y variar en cierto modo sus condiciones.

No contribuyeron ménos al progreso de la Farmacia por lo que hace relacion con la Química, aun cuando ellos no se propusieran este objeto, el modesto Jorge Agrícola y el metodista

Bernardo Palissy, jefe el primero de la química metalúrgica y representante el segundo de la química técnica.

El siglo xvii continúa dignamente la obra comenzada en el anterior. Galileo, Francisco Bacon, Descartes, Boyle, se colocan á la cabeza de la nueva direccion impresa al pensamiento del hombre. Es proclamado el método experimental y las ciencias cesan de apoyarse en la autoridad tradicional y la especulación. Por lo que á nosotros toca, encontramos en el siglo de que venimos ocupándonos eminencias científicas y hechos de la más alta importancia. En primera línea nos hallamos con Juan Bautista Van-Helmoncio, el que, aparte de otros trabajos importantes, tiene la inmortal gloria de revelar científicamente la existencia de los cuerpos invisibles, impalpables, hasta entonces vagamente entrevistos, á los que dá el nombre de *gases*; de suerte que debe considerársele como el precursor de la química neumática. Roberto Boyle, á quien Boerhaave llama el adorno de su siglo, es otra gran figura, cuyas prendas tanto científicas como morales le enaltecerán siempre: sus obras son un monumento precioso en las que el hombre de ciencia hallará en todo tiempo mucho que admirar. Guiado constantemente por el método experimental, es conducido á la resolución de los más difíciles problemas: su discurso preliminar, la teoría de los elementos, las esperiencias químico-fisiológicas sobre la respiración, la destilación de la madera, el trabajo sobre las aguas minerales y tantos otros, son más que suficiente testimonio para colocar á Boyle al nivel de los primeros sábios.

Aun cuando no de la talla de la eminencia científica que acabo de referir; sin embargo, no dejaron de contribuir con sus trabajos al progreso de la ciencia otros muchos, tales como Glaubero, Kunckel, Becher, Silvio, Tachenio, Hoffman, y tantos más que sería prolijo enumerar, quienes ocupándose de los productos pertenecientes á los tres reinos de la naturaleza, logran fijar la atención sobre los empleados en medicina, y obtienen un gran número de observaciones médico-químicas.

En este siglo tienen origen las sociedades sábias, acontecimiento de la mas alta importancia en la historia de las ciencias, y como consecuencia de ellas principian á publicarse periódicos

científicos, medios ambos á favor de los cuales los conocimientos se generalizan, y concluyen los secretos misteriosos de que tanto se habia abusado en los siglos precedentes.

Con estos elementos la Farmacia no podia permanecer impasible: ordenanzas y decretos especiales regularizan el noble ejercicio de esta profesion, y á contar desde este momento, la vemos dar señales de vida propia: los farmacéuticos redactan ya, en union con los químicos y los médicos, sus códigos y farmacopeas, que habian de servir de norma á las prescripciones de los medicamentos, y se emancipan de la medicina que hasta entonces la habia tenido subyugada.

En medio de este movimiento científico aparece una gran figura farmacéutica, ídolo por mucho tiempo de su clase, á cuya fecunda fuente van á beber todos los que, sedientos de ciencia, quieren ponerse al nivel de los conocimientos químicos y farmacéuticos de su época: esta gran figura es la del *célebre Lemery*, con cuya *biografía* me permitireis ocupe vuestra atencion.

Cuando los hombres no solamente han dejado de existir, si que tampoco se reconoce alguno de sus próximos descendientes, en este caso cuanto de ellos se diga no puede ser guiado, ni por la torpe adulacion, ni por la miserable envidia; el exámen que se haga, tanto de su vida como de sus obras, tiene por necesidad que llevar el sello de verdad que debe conducir siempre á todo el que trate de ocuparse de un asunto histórico cualquiera. Dos siglos nos separan de Lemery; cuanto de él digamos, ya sea tomado de los escritores modernos, ya por lo que arrojan de sí sus obras, ha de ser espuesto y comentado con la más severa imparcialidad.

Nació Nicolás Lemery en Ruan, capital del departamento del Sena inferior (Francia), el 17 de Noviembre de 1645. A nada nos conducirá el tratar de averiguar la más ó ménos elevada alcurnia de sus padres, y la más ó ménos noble prosapia de sus mayores; debiéndole estudiar nosotros por sus actos y por sus obras, á estos únicamente debemos interrogar para que nos digan hasta qué punto rayaba la nobleza de tan ilustre varon; sin embargo, por la relación que pueda tener despues con su vida, debemos decir que su padre, Julian Lemery, fué Procurador

en el parlamento de Normandía y profesaba la religion reformada, en la que educó á su hijo, lo cual contribuyó á causar á este mil disgustos, entorpeciéndole la brillante marcha seguida en el largo período de su vida, como hemos de ver en la narracion que de ella hagamos. Esta humilde condicion del padre, y el haber muerto cuando el jóven Lemery contaba solo doce años, fueron causa para que este no pudiese recibir la brillante educacion que tan claro talento reclamaba; fué, pues, bastante descuidada, y como ciertas nociones se adquieren de preferencia en la primera edad, quizá debamos buscar aquí la causa de lo poco versado que se hallaba en los conocimientos de los antiguos.

Mostró desde jóven grande aficion al estudio de la naturaleza, y considerando que la profesion farmacéutica sería la que mejor le conduciese al logro de su intento, entró en casa de M. Bourdot, boticario pariente suyo, á cuyo lado permaneció bastantes años: allí fué donde empezó el estudio de las ciencias naturales, donde adquirió el hábito del trabajo y donde se familiarizó con las operaciones farmacéuticas; pero reducido círculo era este para un hombre que habia de abarcar todos los ramos de la Farmacia; así fué que no hallando en su maestro conocimientos bastante estensos, quiso buscarlos en la fuente. Pasó, pues, á París en 1666 y fué á ponerse de pensionista en casa del sucesor del célebre Le-Fevre, el farmacéutico aleman Cristóbal Glaser, profesor de química en el jardin del Rey.

En aquel tiempo era este demostrador, como se le llamaba entonces, un hombre muy hábil, si bien inferior á su antecesor, porque no siendo un observador de gran penetracion y teorías como este, sino un puro manipulador, un hombre de recetas como le llama Dumas, jamás pudo elevarse á generalidades y obtener de sus continuos trabajos todo el fruto que de ellos podia y debia esperar. Sin embargo de esto la memoria de Glaser se ha perpetuado merced al descubrimiento de una sal á que ha unido su nombre, esta es la sal policresta, que no es otra cosa que sulfato de potasa impuro, y tambien por haber sido el primero en preparar la piedra infernal del mismo modo que se efectúa hoy; pero Glaser creía en las transformaciones de la alquimia y le acompañaba el carácter misterioso y desconfiado tan

comun en los filósofos herméticos. No era posible con esto que Lemery, á quien animaba un amor ardiente por la verdad, estuviese satisfecho con la enseñanza que pudiera darle un maestro tan oscuro; así fué que, no hallándole claro y metódico para poder sacar fruto de sus esplicaciones, le abandonó al cabo de dos meses y se puso á viajar.

En todos tiempos han sido muy convenientes al hombre de ciencia estos viajes: desde las remotas edades de los egipcios y de los griegos ya lo vemos puesto en ejecucion: antes de que los grandes hombres de la antigüedad llegasen á establecerse en su patria, recorrían las escuelas de los países que les eran conocidos, y despues de iniciados en sus secretos y de saber sus teorías, su criterio les hacia elegir aquello que conceptuaban mas útil y sobre ello fijaban las bases de su filosofía.

Guiado por estas ideas nuestro jóven marchó á Mompeller, ciudad en donde á la sazón había una escuela de medicina de gran reputación, tanto por la antigüedad de su fundación, como por las notabilidades científicas que de ella habían salido: allí permaneció tres años como pensionista en casa del distinguido boticario M. Verchart, durante los cuales estudió con grande aprovechamiento la Medicina, la Historia natural y la Farmacia, dándose ya á conocer en este tiempo como profesor de química por haberle confiado su maestro el laboratorio y permitido dar lecciones á algunos jóvenes, cuyo número fué aumentando de día en día por la novedad y forma bajo la cual presentaba esta ciencia: recorrió despues varias ciudades de Francia y volvió á París en 1672 provisto de un rico caudal de conocimientos prácticos.

Su llegada á la corte no podía ser en mejores circunstancias para lucir su claro talento y su vasta erudición. A ejemplo de la Academia del *Cimento* creada en Toscana el año de 1654, y de la Sociedad Real de Lóndres establecida en 1652, acababa de fundarse hacía seis años la Real Academia de Ciencias de París, y sus individuos, ocupados en el progreso de los conocimientos físicos, acogieron á Lemery con el mayor entusiasmo, le prestaron un laboratorio é hicieron su presentación al gran Condé, hombre muy ilustrado y de mucha valía en la corte, logrando

que este le dispensara las mayores deferencias y le exigiese algunas lecciones de química.

Con tan buena acogida el jóven Lemery se recibió de farmacéutico, fijó su residencia en la calle de Galande y abrió un curso público de química. Aquí empieza el período mas brillante de Lemery: cuanto pudiéramos decir sería pálido y desanimado ante la brillante descripción que de él hace uno de los hombres mas ilustres de nuestra época. El profesor Dumas en sus lecciones sobre la *Filosofía química* se espresa en los términos que voy á referir:

«Transportaos, dice, á la calle de Galande: seguid la bulliciosa
» multitud de estudiantes que allí se precipitan; no os inquieteis
» ni por las doradas carrozas que conducen á los señores y á los
» príncipes, ni por las sillas de manos que trasportan á ilustres
» damas. Abríos paso y proseguid. Encontrareis un patio, en su
» fondo una puerta baja, en seguida una escalera, descended por
» ella y os encontrareis en un sótano iluminado por la rojiza luz
» de los hornillos; pero con su ayuda pronto distinguireis los
» utensilios de química de su tiempo y vereis á la multitud so-
» lícita y atenta escuchar las lecciones de un jóven, que á lo
» sumo cuenta treinta años.»

«Este jóven, sobre el que se hallan fijas todas las miradas, á
» cuyas palabras todos los oídos prestan una viva atención, voso-
» tros lo adivináis: es una revolución personificada: es Nicolás
» Lemery.»

«Por qué este gran concurso y esta actividad? Porque á pro-
» fundos conocimientos sabe unir el arte de esponerlos de una ma-
» nera sencilla, accesible á todos, é ilustrar sus lecciones con
» experimentos brillantes, precisos y sorprendentes. Porque aban-
» donando el lenguaje enigmático y encubierto de sus predece-
» sores procede á hablar de química en francés; destierra toda figu-
» ra y profesa una química sabia y reservada, que posee todo lo
» que ella promete, que no promete mas que lo que puede poseer.»

Por lo que se desprende de tan bella pintura, no puede darse ovación mas completa; pero todo lo merece el hombre que ha sabido arrancar á las regiones de la mentira y del error, haciéndola positiva y fecunda.

Esa multitud estudianta, que acabamos de ver rodeando á tan popular maestro, no es solamente francesa; de otras naciones han acudido tambien á escuchar sus sábias lecciones, atraídos por la gran fama y brillante reputacion que en tan poco tiempo ha sabido adquirirse: la Escocia solo, mandó cuarenta jóvenes á París exclusivamente á este objeto.

En ningun tiempo se ha visto hombre alguno con mayor popularidad: despues de haber llenado su casa de discípulos, concluyó por ocupar cási toda la calle de Galande para alojar á los que todavía se presentaban. Y cómo no habia de ser así, cuando, como acabamos de ver, ha trasformado completamente la química de su tiempo poniéndola al alcance de todas las inteligencias, y ha dado la explicacion de los fenómenos, fundando sus teorías en la observacion y la esperiencia, empleando en todo un lenguaje claro y preciso? Por otra parte Lemery, bastante sagaz, comprendió muy bien su situacion y supo aprovecharse de ella, para lo cual se propuso hablar á cada uno en el lenguaje que mas le halagaba, lo que no contribuyó menos á hacerle en poco tiempo popular. Vémosle, pues, ofreciendo á las damas un cosmético para blanquear y suavizar el cútis; á los estudiantes una multitud de buenos procedimientos de química práctica, y para los hombres graves les tiene reservada una química que puede llamarse nueva.

En 1675 se resolvió á publicar sus trabajos químicos bajo el nombre de *Curso de química*, cuya obra mereció tan unánime aprobacion y obtuvo un éxito tan extraordinario, que cada año daba á luz una nueva edicion, sin contar los muchos ejemplares que furtivamente se imprimieron. La boga de este libro cundió por todos los pueblos civilizados, los cuales se apresuraron á verterlo cada cual á su respectivo idioma, por manera que hallamos traducciones de él en español, en inglés, en latin, en aleman, en italiano (1) y quizás alguno mas de que no tenemos noticias. Desde

(1) *Curso Chymico* del Doctor Nicolás Lemery. En el cual se enseña el modo de hacer las operaciones, etc. Traducido del idioma francés en el castellano y añadido por D. Félix Palacios, Sócio de la régia sociedad Médico-Chymica de Sevilla y boticario de esta córte. Madrid, 1703. = *A Course of chymistry containing an easy method etc.* London 1677, 1684, 1698 y 1720 en 8.º. = *Cursus chymicus, etc. versus* á J. C. Re-

este momento el autor fué llamado el gran Lemery: su gloria habia llegado al mayor grado posible de esplendor; su éxito igualaba á todo lo que la imaginacion puede presentar de mas brillante: halagado, con uno de los establecimientos farmacéuticos mas hermosos, premiado en sus afanes, parecia que nada tenia ya que ambicionar. Pero, oh suerte fatal! Despues de diez años de tan magnífica carrera, es detenido en medio de ella por las turbulencias religiosas que asaltaron su patria el año de 1684.

Dejamos dicho mas atrás que nuestro Lemery tuvo la desgracia de ser educado por su padre en las creencias protestantes que él profesaba, y esto fué causa ocasional para cerrar su laboratorio, venderle todos sus aparatos y recogerle su diploma de farmacéutico.

Sabida esta persecucion por el Elector de Brandeburgo, dichoso de poder recoger en sus estados un sábio tan distinguido, solícito se apresuró á enviar á Mr. de Sparheim, discípulo que habia sido de Lemery, para que le ofreciese bajo las mejores condiciones ir á ocupar una cátedra de química en Berlin creada espresamente para él. Pero Lemery rehusó tan generoso ofrecimiento; amaba demasiado la patria que le vió nacer y no queria renunciar á ella, siquiera fuese á costa de algun sacrificio; por otra parte, ilusionado con los lauros que habia sabido conquistarse, creyó que sus trabajos y sus glorias serian bastante motivo para que le respetaran y tuviesen con él alguna tolerancia. Por desgracia era esta muy mala época para conseguir indulgencia por tan horrendo delito: la exageracion de las creencias religiosas habia llegado á su colmo, y no se veia otra cosa que el protestante, sin tener en cuenta para nada los méritos científicos.

No pudiendo, pues, conjurar tan furiosa tormenta, se vió precisado á abandonar su país en 1683 y buscar refugio en Inglaterra. Aquí ya nada tenia que temer: sus creencias religiosas eran las del jefe del Estado, y su fama le habia precedido de tal modo que Lemery se hallaba en Lóndres, pudiéramos decir, mimado y objeto de las mayores distinciones. Presentó á Cárlos II

becque; Ginebra, 1681 in 12. — Der voll-kommere chymistr, 1698. — Corso di chymica, tradotto dal francese, etc. Venecia, 1763 en 8.

la 5.^a edicion de su obra , y este Monarca le recibió con el mayor agrado , obteniendo despues constantes pruebas de estimacion. Pero ya lo hemos dicho; amante de su patria y de su familia, todo lo sacrificaba ante objetos tan queridos; así fué que inmediatamente que las pasiones se amortiguaron algun tanto y creyó que nadie le inquietaria , volvió á Francia , no ya para dedicarse á la enseñanza y al ejercicio de la Farmacia , pues le estaba privado por sus ideas religiosas, sino para ocuparse en otra profesion afine con ella y de la que se prometia tan brillante resultado como de la primera. Se recibió, pues, de Doctor en Medicina en la Universidad de Caen, y fué á ejercerla á París.

Dos años llevaba desempeñando libremente el arte de curar, cuando por renovacion del edicto de Nantes, es sumergido de nuevo en las mayores desgracias. Privado de su estado, despojado de su fortuna, obligado á ocultarse, asediado, en fin, por todas partes, no sabe qué partido tomar: Los continuos trabajos é incesantes estudios á que Lemery se habia consagrado desde sus mas tiernos años, no le habian permitido fijar su atencion en los asuntos religiosos, y esto hacia que se hallára poco versado en ellos, habiendo admitido las creencias de su padre como un legado hereditario; pero una vez que sus parientes, sus amigos y algunos de sus discípulos se encargaron de instruirle en los principios de la verdadera religion, les fué muy fácil conseguir que abjurase el protestantismo; así lo verificó en 1686, entrando con su familia en el seno de la religion católica.

Concluido el motivo de persecucion parecia que ya nada tenia que temer: en este concepto volvió á ejercer la Medicina, el profesorado, y quiso unir tambien el comercio de la farmacia; para ello tenia necesidad de cartas-patentes del Rey, que se las concedió sin dificultad alguna; pero la facultad de Medicina y los maestros boticarios se opusieron á su registro en el parlamento ó tribunal supremo en donde debia constar empadronado. Este proceso podia reducir á Lemery á la indigencia, por cuya razon sus buenos amigos intercedieron eficazmente con sus adversarios, é hicieron ver el inmenso perjuicio que se iba á causar á este hombre tan laborioso, y el borron que se echarian sobre sí mismos en el caso de interrumpir la carrera al que habia sido

proclamado como una notabilidad y constituía una de las glorias de la Francia. Ante estas consideraciones desistieron de su propósito, y á contar desde este momento, ya no le quedó otra cosa á Lemery que recorrer una série no interrumpida de lauros y de satisfacciones.

La Academia de Ciencias le recibió miembro asociado el 4 de Febrero de 1699, y pensionista el 28 de Noviembre del mismo año, despues de la muerte de Bourdelin. Tal honor fué correspondido por el nuevo Académico redoblando su trabajo y presentando ante tan respetable Corporacion multitud de observaciones y Memorias sobre diversos asuntos, las cuales fueron apareciendo en los volúmenes publicados por la misma Academia, de los que volveré á ocuparme mas adelante.

Nicolás Lemery tuvo dos hijos que llegaron á ser sus colegas en la Academia, y siguieron las huellas de su padre, si bien con menos originalidad y trabajo. Murió este de un ataque de apoplejía fulminante el 19 de Junio de 1715, el mismo año que Luis XIV, Fenelon y Malebranche.

Por lo que llevamos referido se comprenderá que la pasión favorita de este sábio infatigable fué siempre el trabajo; pero á decir verdad este trabajo fué recompensado, pues pocos podrán contar como él con un aplauso tan universal y un éxito tan satisfactorio, llegando á ser el nombre de Lemery así en su pátria como fuera de ella, tanto mientras vivió, como despues que dejó de existir, respetado y querido como un ídolo que representa todos los adelantos de una época en movimiento científico. Veamos ahora sus obras, y examinemos si es ó no justo el juicio crítico que se ha hecho de tan distinguido farmacéutico.

Diversos son los escritos debidos á su pluma, de ellos cuatro de la mayor importancia, comprendiendo los tres primeros toda la estension de los conocimientos farmacéuticos; los restantes, aun cuando no tan interesantes, son sin embargo, por mas de un concepto, dignos de llamar la atención del hombre que quiere seguir paso á paso la marcha progresiva de la ciencia. Los cuatro primeros son: el *Curso de química*, que ya hemos dicho se publicó por primera vez en París el año de 1675, en 8.º; la *Farmacopea universal* y el *Tratado universal de drogas simples*,

impresos sucesivamente en París los años de 1697 y 1698, ambos en 8.º, y el *Tratado del antimonio*, dado á luz en la misma capital el año de 1707 en 12.º Los otros trabajos, publicados por la Academia, son de diversas índoles; de estos, unos son verdaderas Memorias en las que trata con alguna estension puntos importantes de la ciencia; otros son narraciones mas ó menos sucintas sobre diferentes asuntos útiles y curiosos, de los que me ocuparé mas adelante siguiendo el orden de su aparicion. De todas estas publicaciones la que mas fama le dió, y á la que debe Lemery su gran renombre, es indudablemente al Curso de química, si bien sus obras posteriores contribuyeron á sostenérsele; por esta razon será en aquel en que nos detengamos algo más, aunque sometiéndonos siempre á los estrechos límites que permiten esta clase de discursos.

No es preciso molestarse para buscar el objeto que el autor se propuso al escribir tan importante libro, porque él mismo nos lo dice en la portada, y es á saber: el de enseñar «el modo de »hacer las operaciones mas usuales en la medicina por un método fácil, con reflexiones sobre cada operacion, para la instrucción de los que se quieran aplicar á esta ciencia.» A pesar de esto no solo ha servido de guia á médicos y farmacéuticos; sino tambien á los químicos, muchos de los cuales se han formado en su escuela, lo cual ha contribuido á que se hagan de esta obra tantas ediciones como hemos dejado dicho, mereciendo entre estas especial mencion, por ser la mejor de todas, la que publicó M. Baron en 1756 en 4.º, revisada, corregida y aumentada con un gran número de notas.

El éxito tan prodigioso de este libro se esplica perfectamente, recordando lo que dejamos espuesto mas arriba y lo que el autor consigna en el prólogo. «La mayor parte de los autores, »dice, que han escrito de química lo han hecho con tanta oscuridad que parece pusieron su conato en que no les entendiesen, »y lograron su intento; mientras que yo procuro hacerme inteligible y evitar las esplicaciones oscuras de que se han valido »otros que han escrito antes. (1)»

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0618

(1) Lemery traducido por Palacios. Prólogo.

Pocos hechos nuevos hallamos en el Curso de química, y esto ya nos lo dá á entender el mismo Lemery al decir: «No afecto »el ser particular en mis operaciones, porque se hallarán mu- »chos que han escrito del mismo modo, y no faltará quien las »reforme; pero se conocerá que pongo las maneras de obrar »las mas claras, que hasta este tiempo se han dado. (1)» A pesar de tanta modestia no se puede negar que ha puesto en circula- cion una multitud de procedimientos y ha dado á conocer la composicion y preparacion de productos enteramente nuevos; y es preciso convenir que si bien á Lemery le sucedió lo que mas tarde al eminente farmacéutico sueco Schéele, que no supieron elevarse por las regiones de la especulacion para fundar sus teorías sobre ideas propias, conformes con la multitud de espe- riencias que uno y otro hicieran; en cambio lo que se refiere á hechos y encadenamiento de esperiencias, es verdaderamente admirable lo que ambos verificaron y á nadie tienen que ceder la primacia. Así vemos á estas dos celebridades asombrar mien- tras permanecen encerrados en los hechos que han observado y en las consecuencias próximas que de ellas se desprenden; pero desde el momento en que quieren remontarse á teorizar, des- cienden notablemente y vienen á descansar sobre las de sus pre- decesores. Lemery se apoya en las teorías de Le-Febre, como Schéele en las de Stahl.

Conociendo Lemery sus dotes le hace sin duda espresarse en estos términos: «Las bellas imaginaciones de otros filósofos, en »cuanto á sus principios físicos, elevan su espíritu en grandes »ideas; pero no prueban cosa alguna demostrativamente. Y como »la química es una ciencia de demostracion, no recibe por fun- »damento mas que aquello que encuentra palpable y demos- »trativo. (2)» Tales palabras hubieran sido el prodromo de toda una revolucion si Bernardo Palissy y Francisco Bacon no hubie- sen proclamado antes que él la soberanía del método esperimen- tal. Esto no obstante, encontramos que Lemery no es siempre fiel á dicho método experimental, como observamos entre otras en

(1) Lemery trad. por Palacios, Pról.

(2) Obra citada página 4.

la esposicion de su teoría sobre los puntos del ácido penetrando los poros del álcali.

Ocupándose de los *principios de la química* comienza hablando del *espíritu universal*, el cual, dice, es siempre el primer principio de los mixtos; pero hallándole un poco metafísico, juzga mejor establecer los sensibles, que son: el agua, el espíritu, el aceite, la sal y la tierra (1). Estos principios son los mismos que admite Le-Fevre; solo que este químico es más explícito respecto del *Espíritu universal*, concepcion, si no creada, desenvuelta al menos por él; y aun cuando no le llegó á ver jamás ni se daba cuenta exacta de sus propiedades, por el papel que le hace desempeñar, se vé que no es otro que el que realmente pertenece al oxígeno, siendo este espíritu quien produce todos los efectos observados en los animales, en los vegetales y en los minerales. Así, por ejemplo, el aire en el acto de la respiracion no se limita á refrescar el pulmon, sino que por medio del espíritu universal se ejerce una verdadera reaccion sobre la sangre, á la que sutiliza y volatiliza todo lo supérfluo: de él necesitan las plantas para ejercer sus funciones, y á él debe el nitro las propiedades que le caracterizan.

Pero Lemery, como queriéndose descartar ya de los cuatro elementos de Aristóteles, si bien la realizacion de esta gloria pertenece al célebre Stahl, tiene buen cuidado de establecer que el nombre de principio no se debe tomar en su riguroso significado, porque «las sustancias llamadas principios, dejan de serlo» desde el momento que podemos pasar más adelante en la division de los cuerpos (2).

El autor admite en los vegetales tres especies de sales: una esencial, que se estrae del zumo abandonado á la cristalizacion; otra fija, que se separa despues de la incineracion, y otra volátil, que es la que fácilmente se sublima cuando se calienta; por manera, dice, «que la sal ácida es la verdadera sal que habia» en la planta, porque los medios que se emplean para sacarla, «son naturales é incapaces de mudar su naturaleza; mas no

(1) Obra citada, pág. 4. BHSC. LEG.08-1 n°0618

(2) Obra citada, pág. 4.

»puede decirse lo propio de las otras dos sales, porque es necesario valerse de la violencia del fuego, y los efectos que produce tienen grande apariencia de haber sido transmutados (1).» Como se vé, distingue perfectamente la excelencia de la vía húmeda en comparación de la seca para la obtención de los productos más naturales de las plantas, al mismo tiempo que comprende que la sal álcali de las cenizas es el resultado de la destrucción de la sal ácida mediante la incineración. El nombre de sal, que hasta su tiempo se había usado con demasiada latitud comprendiendo algunos ácidos y álcalis, le consigue fijar dando la verdadera acepción de esta voz. Llama *sal salada* á la mezcla de ácido y de álcali, ó más bien á un álcali lleno de ácido, que es lo que se denomina sal por los químicos modernos.

Sabido es que durante un largo período el fuego ha sido considerado como un agente universal, sin el cual nada se hacía, mientras que con él todo era posible incluso la transmutación de los metales; pero esto no debe estrañarnos en aquella época, toda vez que en nuestros días hemos visto hasta cierto punto una cosa análoga en el papel exagerado que se ha querido hacer desempeñar á la electricidad. Dominado todavía nuestro químico por algunas de aquellas ideas, y atribuyendo al fuego importantes propiedades, se detiene á describir con la mayor minuciosidad los hornos, vasijas y todo cuanto es necesario para conducir bien el fuego y manejar con discreción los diferentes grados de calor, en lo cual prueba lo muy acostumbrado que se hallaba á trabajar por la vía seca, principal medio entonces de analizar las sustancias orgánicas.

La obra de que nos venimos ocupando está dividida en tres partes: en la primera comprende el autor la química mineral, en la segunda la vegetal y en la tercera la animal: cada una de ellas, y con especialidad la primera, nos trae multitud de descripciones y procedimientos en los que sería por demás prolijo seguir al autor; solo sí diremos que en todos ellos se descubre la claridad y buen método que le caracterizan, y que las

(1) Obra citada, pág. 43. *VVA. BHSC. LEG.08-1 n°0618*

notas que siguen á cada operacion, que él titula reflexiones, son observaciones sumamente útiles y curiosas.

Lemery, del mismo modo que otros químicos, demostró el aumento de peso del estaño y del plomo por la calcinacion; pero de igual suerte que ellos, dejados llevar por las ideas reinantes, atribuyen pesantez al fuego y suponen que la fijacion de los corpúsculos de este, son los que ocasionan el aumento de aquellos.

Las tintas simpáticas llaman bastante su atencion, y segun lo que nos da á entender, no es porque ofrezcan utilidad alguna; sino porque teniendo algo de maravilloso, y escitando un vivo interés en el público, desea que todos se convenzan de que no hay necesidad de recurrir á la simpatía y antipatía, que son términos generales que no esplican nada, y sí solamente á sencillas reacciones químicas. Con este motivo entra á manifestar la accion de los sulfuros sobre las sales de bismuto y de plomo, del mismo modo que pudiera hacerse hoy, por mas que la tecnología de entonces difiera mucho de la actual.

Su Química Orgánica se reduce á poco más que destilaciones húmedas y secas, que por los conocimientos del dia podemos desde luego comprender la clase de productos que obtendría; pero no puede negarse que aquí, lo mismo que en todo lo demás, se está viendo la habilidad y ojo práctico que desde sus primeros años demostró en toda clase de operaciones.

Sus teorías acerca del origen y nutricion de las plantas son bastante exactas. «Todas, dice, nacen de sus simientes; se »nutren principalmente por la raiz, cuyos poros estan dispuestos »para recibir el zumo de la tierra, el cual impelido y exaltado »por el calor del sol, se distribuye en las fibras de la planta, »que le sirven de venas y arterias (1).»

Reconoce perfectamente que las plantas, aunque nutridas por un mismo zumo, tienen virtudes bien diferentes, porque la disposicion de sus partes es diversa y es la que determina por consecuencia, diferentes especies de fermentaciones y elaboraciones dentro de sus partes insensibles. Igualmente conoció la

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0618

(1) Obra cit., pág. 307.

necesidad del sol y de *la parte mas sutil del aire* para el desarrollo de las plantas, con lo que parece dar á entender que tenia conocimiento de la composicion del aire, ó la presumía al ménos; y hace asegurarnos más en esta idea lo que refiere respecto del nogal, en derredor de cuyo árbol, dice, no puede criarse ninguna yerba, porque siendo tan alto, sus ramas tan estensas, las hojas grandes y oleosas producen mucha sombra, de manera que, ni el sol ni *el espíritu del aire*, pueden penetrar hasta las pequeñas plantas para hacerlas crecer.

La química animal, que es bastante corta, casi se reduce á trabajos y consideraciones sobre el fósforo. Este cuerpo, que, aunque descubierto simultáneamente por Brand en Alemania y por Boyle en Inglaterra, fué dado á conocer en Francia por su compañero de Academia Mr. Homberg, que lo aprendió de su maestro Boyle, no podia menos por sus singulares propiedades de llamar vivamente la atencion de Lemery: así fué en efecto que con la mayor constancia se puso á practicar diferentes operaciones sobre diversas sustancias, y los resultados de ellas obtenidos le hacen emitir la idea de que se podria hallar el fósforo «en una infinidad de otras cosas donde no lo parecia de pronto (1).» Probablemente al espresarse así se referiría á los resultados que habia obtenido destilando el cráneo y el cerebro humanos, de cuyo aceite empireumático componia, con el espíritu de vino y la tintura de ópio, el famoso elixir antiépiléptico, conocido bajo el nombre de *gotas de Inglaterra*.

Lemery termina su libro con la enumeracion de los medicamentos descritos en el cuerpo de la obra, sus virtudes y dosis á que pueden administrarse; pero hombre muy prudente y precavido en todo, hace antes una advertencia muy importante y es: «que de estos remedios y sus dosis no ha de servirse sin precaucion; porque como hay una infinidad de diferencias en los temperamentos no se pueden establecer reglas generales.»

Luego que Lemery se hubo hallado en pleno goce de todos sus derechos de ciudadano, y por benevolencia de sus compañeros los farmacéuticos, en libertad de ejercer simultáneamente la medicina y la farmacia; como en agradecimiento de tan singular fa-

(1) Obra cit. pag. 464.

vor comenzó á trabajar con asiduidad en la obra que doce años despues habia de publicarse para honra suya y gran provecho de la clase. La *Farmacopea universal* y el *Diccionario universal de drogas simples* aparecieron, como queda dicho anteriormente, en los años de 1697 y 1698. Estas dos obras, que en realidad no es sino una sola, componen un curso general de farmacia: ambas obtuvieron la brillante acogida que era de esperar en las producciones del autor del Curso químico, y estas fueron las que le abrieron las puertas de la Academia de ciencias.

La *Farmacopea universal*, fruto maduro de un hombre hábil, instruido, reflexivo y en condiciones por su cualidad de médico de poder comprobar sus fórmulas, es una grande obra, que por ser la primera que se habia escrito con el carácter de universal, fué acogida con avidez por médicos y farmacéuticos. Gran trabajo debió costarle la recopilacion de todas las descripciones antiguas y modernas que á la sazón estaban en uso tanto en Francia como en los demás países de Europa; pero su laboriosidad y constancia le hacen vencer todas las dificultades y le permiten realizar su proyecto de la manera mas perfecta que entonces podia hacerse: él examina, compara, ensaya en sus enfermos y rectifica las fórmulas: su larga esperiencia le permite determinar de un modo preciso las dosis de los ingredientes y los medios de hacer la preparacion mas perfecta, indica las mezclas incompatibles ó que pueden dar lugar á reacciones químicas entre los cuerpos componentes; en fin, simplifica los compuestos polifármacos y desecha cuanto es supérfluo.

Hombre probo y amante del decoro de su profesion, se detiene en el prefacio á dar saludables consejos encaminados á corregir los muchos abusos que entonces debia haber; conocia la grande importancia de la farmacia, y esto le hace decir: «es la »mano derecha del médico, la cual dirige segun su prudencia, y »sin ella quedaría corto en las curaciones que emprende:» conocia tambien los defectos de que adolecía la clase, y por eso se esfuerza en hacer comprender los muchos perjuicios que pueden causarse á la humanidad cuando por descuido, por ignorancia ó mala fé el farmacéutico no cumple con los sagrados deberes que le están confiados,

La obra se halla dividida en cinco partes, de las cuales solo cuatro son las comprendidas en la Farmacopea, constituyendo la quinta el Diccionario de drogas. Cada una de estas divisiones se subdivide á su vez en capítulos con el objeto de simplificar mas y establecer un buen método en toda la obra. Siguiendo el mismo órden que en el Curso químico, á cada operacion acompañan unas reflexiones que sirven para aclarar y facilitar en gran manera el modo de conseguir siempre el mejor resultado.

El *Diccionario universal de drogas simples*, parte quinta del anterior, es uno de los trabajos mas completos que se han publicado sobre la materia, y como en esto no ha podido haber gran modificacion por consecuencia de los adelantos químicos y botánicos modernos, de ahí es que aun en el dia sea buscada y tenida en grande estima.

En la época en que Lemery publicó el Diccionario de drogas, su discípulo, y mas tarde compañero de academia, el ilustre Tournefort, ya habia publicado importantes trabajos botánicos, los cuales, así como los recientes descubrimientos de sustancias traídas de Africa y América, le auxiliaron poderosamente en la realizacion de su libro. Fruto este de detenidos estudios y maduras reflexiones, resume en él de la manera mas satisfactoria cuanto se habia escrito por sus predecesores, aprovechándose de las narraciones de los viajeros y de todo lo importante que los trabajos de los naturalistas habia producido en la historia de las sustancias medicinales. El autor siempre claro, nunca difuso, bastante escéptico emplea la exactitud y buena fé que pocas veces se hallan en libros de esta clase. Desde su aparicion un gran número de sustancias han sido eliminadas del catálogo de los agentes medicinales: el comercio de droguería ha variado de curso y de objeto: las mismas drogas, traídas de apartadas comarcas, han sufrido modificaciones en su naturaleza y en sus caracteres aparentes.

En el prefacio de la obra encarece mucho el autor la gran necesidad de conocer bien las drogas y distinguir sus caracteres, á fin de que el farmacéutico no se vea espuesto á ser engañado por los comerciantes de mala fé, que se dedican á sofisticar los productos; habla despues de los principios contenidos

en los animales, de sus virtudes medicinales, del origen de los vegetales, de cómo se nutren y crecen, de las diferencias entre gomas y resinas, etc.; entrando en materia empieza por la Abelicia (*pseudo santalum creticum C. B.*) sigue el Abies, despues el Abrotanoides etc. etc., componiendo el todo un tomo en 4.º de 4015 páginas, que al final tiene veinticinco láminas.

El *Tratado del antimonio*, última obra de Lemery, es la colección de las memorias que habia leído sobre este asunto á la Academia de ciencias desde 1700 á 1707, en que apareció. Esta obra del mayor interés, que aun hoy dia se consulta cuando es preciso ocuparse de este metal, nos manifiesta un observador de una habilidad consumada: la reunion de hechos destacados que allí se encuentran atestiguan un número prodigioso de esperiencias hechas por una mano segura, y cuya descripción escrita en el laboratorio, lleva el sello de realidad y sencillez tan nuevo entonces en la química.

Las preparaciones de que el antimonio formaba parte en el libro de Lemery son mucho mas numerosas que las que contienen hoy nuestros tratados de química, por haber sido despreciadas algunas de aquellas que no consistian mas que en los diversos procedimientos, y otras por juzgarlas inútiles ó ineficaces. Pocas son las que despues se han descubierto, entre las cuales se halla el Kermes, cuyo compuesto era confundido con el azufre dorado de antimonio.

Despues de las cuatro importantes obras de que acabamos de hacernos cargo, es llegado el momento de ocuparnos de las Memorias que nuestro ilustre químico leyó en la Academia y de todos los demás trabajos de que dió cuenta, y que diseminados en los volúmenes publicados por ella, se hallan todos desde el año de 1700 al de 1712.

Una de las memorias que mas han llamado la atención por la manera de presentarse y la apariencia de verdad con que se hallaba revestida, es la que se refiere á la *Explicación física y química de los fuegos subterráneos, de los temblores de tierra, de los huracanes, de los relámpagos y del trueno*. Esta Memoria, leida el 21 de Abril del año de 1700, es la reproducción, aunque con

mas copia de datos, de lo que habia dejado espuesto en el Curso químico al ocuparse de las preparaciones marciales.

Él veia que haciendo reaccionar juntos limaduras de hierro y flor de azufre amasados con agua, se producía un fuerte calor, el cual iba acompañado de llamas y desprendimiento de vapores por hendiduras hechas en la masa, cuando las cantidades de mezcla eran de treinta á cuarenta libras. Esta mezcla con sus fenómenos, que ha recibido el nombre del *volcan artificial de Lermery*, es el punto de partida para la esplicacion de tan curiosa teoría. En el centro de la tierra, dice, existe azufre y hierro; el mar suministra el agua para hacerse la mezcla, y el aire, necesario tambien á esta grande operacion, penetra por las hendiduras y conductos que siempre hay en el terreno: una vez reunidos estos cuatro agentes se verifica una fermentacion acompañada de calor y desprendimiento de vapores, los cuales unas veces salen inflamados y otras no; unas veces esto se efectúa por grandes aberturas y otras no encuentra salida: en el primer caso tenemos los volcanes, en el segundo levantan las masas que se les oponen y producen esas grandes conmociones y trastornos que cambian á veces la superficie entera de una comarca: comprueba esto diciendo que en el Vesubio y en el Etna se encuentra bastante azufre y abundancia de materias ferruginosas semejante á la que se separa del hierro en las forjas. Cuando los vapores sulfúreos que hemos visto producirse en la anterior reaccion, salen muy enrarecidos por pequeñas aberturas, en este caso lo hace con tanta violencia que echan por tierra cuanto encuentra delante, y de aquí el origen de los huracanes. Pero si estos vientos sulfúreos se elevan con gran violencia á las nubes y allí son batidos y comprimidos fuertemente, adquieren un movimiento bastante grande para inflamarse y formar el relámpago que al hendir las nubes lanzándose con gran violencia, produce ese furioso movimiento que causa el ruido del trueno.

Tambien hace depender de estos fuegos subterráneos el calor natural de las aguas termales, las cuales supone, que al pasar por encima ó al través de estas tierras encendidas, se calientan y llevan consigo el azufre más rarefacto, cuyo azufre en muchos

casos se deposita bajo la forma pulverulenta al llegar á la superficie de la tierra.

Todas estas esplicaciones van acompañadas de ejemplos prácticos, que si bien hoy por razon de los grandes adelantos que se han hecho en la química y metereología no son admisibles, en cambio en aquella época era tenida esta teoría por muy ingeniosa y probable, lo cual á la verdad no debe sorprendernos, porque en tiempos no lejanos hemos visto á un célebre químico querer explicar estos mismos fenómenos por la descomposicion de las bases alcalinas potasio y sodio con los cloruros, haciendo intervenir de un modo muy directo á las aguas del mar.

En este mismo año de 1700 llamó la atencion de sus compañeros sobre una curacion que acababa de obtener en una jóven de 20 años, la cual, despues de haber estado privada de la voz por espacio de año y medio, consiguió recobrarla á beneficio de las yerbas vulnerarias tomadas en forma de té.

Entonces dió á conocer tambien las observaciones químicas de las aguas de una fuente de Clermon, que tenian la propiedad de formar petrificaciones. La descripcion que hace de estas aguas es tan clara, y á pesar del lenguaje propio de aquel tiempo, se ven tan perfectamente espuestos los caractéres, propiedades y componentes que no deja la menor duda de que aquellas aguas son de las que hoy llamamos bi-carbonatado-cálcicas.

En el año siguiente, 1704, da cuenta á la Academia del análisis que habia practicado en otras aguas, análisis que llamó notablemente la atencion por la diferencia que se observaba entre ella y la que habia practicado otro químico poco tiempo hacia, y las consecuencias á que daban origen en uno ú otro caso. Mr. Clos habia analizado las aguas de Passy y las halló de muy mala calidad por la escasa cantidad de sal vitriólica y de partículas de hierro, á la vez que contenia mucha materia yesosa. Sospechando Lemery que esta composicion sería accidental, pasado algun tiempo del anterior, practicó un escrupuloso análisis de dichas aguas, y las halló, en efecto, de composicion muy distinta que Mr. Clos. No son yesosas, dice, ni al gusto ni por las esperiencias químicas, y en este concepto pueden servir

para todos los usos ordinarios. La causa de esta variacion la hace consistir, en que cuando Mr. Clos reconoció las aguas de Passy, hacia muy poco que se habian removido las yeseras de sus inmediaciones, que mezclándose con las aguas pudieron alterarlas por cierto tiempo. En cuanto á los reactivos que Lemery empleó en el análisis de estas aguas, solo podemos hablar de las tinturas de tornasol y de agallas, porque de las otras esperiencias químicas, que debieron ser numerosas, solo nos dice que sería más útil hacer que referir; pero por todo lo demás que de ellas nos dice, se comprende fácilmente, que dichas aguas eran ácido-ferruginosas.

El análisis del borax fué objeto de estudio para nuestro académico, y dado á conocer á sus compañeros el año de 1703. Sus trabajos estuvieron casi reducidos á tratamientos por el fuego, por cuyos medios, no pudiendo llegar á obtener ácido alguno, deduce por conclusion que el borax está compuesto de una sal salada, que es la dominante, de una sal urinosa ó álcali, que no está unido á ácido alguno para formar sal salada, y de un poco de sustancia oleosa ó bituminosa.

En el año de 1704 ocupa la atencion de la Academia con curiosos fenómenos observados en su práctica médica, mereciendo entre ellos especial mencion el que se refiere á un cálculo de una pulgada de diámetro y pulgada y media de largo, hallado en el intestino de una mujer, que como es natural obstruia exactamente el paso y hacia refluir las materias fecales: respecto á la formacion de este cálculo dice; que no pudiéndose formar en el intestino, ha tenido necesariamente que verificarse en la vejiga de la hiel; pero como no es posible que salga de estas dimensiones, es de creer que ha salido mucho mas pequeño y se ha ido engrandeciendo despues.

El dia 7 de febrero de 1705 leia Lemery su Memoria *sobre el alcanfor*, la cual llevaba por objeto dar á conocer este producto medicinal, el cual hasta entonces habia sido monopolizado por el comercio holandés hasta el punto de ser muy raro en Francia el alcanfor natural ó de origen, y no conocerse mas que bajo la forma de panes que aquellos le daban. En esta Memoria describe con bastante detencion el origen del alcanfor, sus caractéres,

modo de recolectarse, diferencias que existen entre el de China y el de Borneo, dando la preferencia á este último, usos médicos é industriales, etc. Entra despues en las esperiencias para determinar su composicion, y como es de suponer, empieza por servirse de la accion del fuego: este primer ensayo le da á conocer ya el método de purificacion empleado por los holandeses, que cuidaban mucho de ocultarle; pero desde este momento se hizo público y cesó por consiguiente el exclusivismo. Pasa luego al uso de los disolventes y entre ellos figura el ácido nítrico, con el que obtiene un producto que él llama aceite de alcanfor, el cual es de suponer fuese nuestro ácido canfórico. Termina su Memoria diciendo que por las esperiencias practicadas se deduce que el alcanfor es una resina, cuyos principios son un aceite y una sal volátil, pero tan íntimamente unidos que no nos es posible conseguir su desunion.

En el mismo año de la presentacion de la anterior Memoria, hizo saber el fenómeno que le habia sido comunicado por Mr. Delifle, Maestro Boticario de Angers, sobre los vinos de Anjou recolectados en el año anterior: dichos vinos habian adquirido un olor á cuerno quemado á los quince dias ó un mes despues de hecha la vendimia, cuyo olor no hizo sino aumentar con el tiempo á pesar de haberlos trasegado.

Tambien hizo entonces la descripcion de una sal tomada en el Vesubio, á la cual llama sal amoniaco natural, pero despues de varios ensayos bien practicados, concluye diciendo que su sal del Vesubio no es mas que una sal fósil semejante á la que el mar ha disuelto, pero sublimada en lo alto de la montaña por los fuegos subterráneos.

Igualmente describe en este año los análisis de las aguas minerales de Vezelay (Borgoña) y las de Carensac (Bajo-Rouergne), en cada uno de los cuales se ve al hombre práctico, cuyo ojo acostumbrado á esta clase de trabajos descubre desde luego los menores detalles.

El dia 10 de Julio de 1706, dió cuenta del trabajo que habia hecho sobre la miel y su análisis químico. En esta Memoria trata bastante detalladamente de lo que es este producto, sus diferentes suertes, época de recoleccion, modo de extraerla y puntos

distintos de procedencia. Las localidades de Francia son naturalmente las que ocupan su atención y dice ser la mejor de todas, la miel que se recolecta en un pueblo llamado Corbiere situado á tres leguas de Narbona, y de aquí que se la dé este nombre. Se opone á la creencia allí dominante, de que la abundancia de romeros por aquellas inmediaciones sea la causa de la buena calidad, y la funda en que habiendo permanecido por espacio de un año en el Languedoc, en el que perecieron la mayor parte de dichas labiadas á causa de las grandes heladas de aquel invierno, la miel recojida en la primavera no cedió por eso en calidad á la de los años anteriores. Con este motivo se detiene á hablar de las causas que influyen en las diferentes cualidades de las mieles, haciéndolas consistir principalmente en la buena ó mala manera de trabajarla los obreros, lo cual le obliga á entrar en descripciones de los distintos métodos puestos en uso en los diferentes puntos de producción. Trata luego de los diversos usos que la miel ha tenido así domésticos como medicinales, y termina su trabajo con el análisis de las distintas suertes de miel.

Estos análisis están principalmente fundados en la acción que el fuego á diferentes temperaturas ejerce sobre dichas mieles. El resultado en todas fué idéntico, si bien el primer producto recogido de la miel virgen de Narbona, al que denomina *rocío de miel* y le supone las propiedades de disminuir la secreción de la leche, escitar la orina y ayudar la respiración, es mas suave, de olor mas aromático y de color mas claro que el obtenido con las otras dos suertes. En lo que halló notable diferencia fué en el residuo carbonoso, pues de 32 onzas obtuvo 7 onzas y 6 dracmas de carbon en la miel virgen de Narvona, 8 onzas y 2 dracmas en la segunda clase ó sea la sacada por ligera espresion, y la última clase dejó 9 onzas, al mismo tiempo que en el capitel recogió 2 dracmas de cera amarilla. Estos carbonos reunidos los puso á calcinar por espacio de seis horas y vió que se encendia como el carbon ordinario, pero sin reducirse á cenizas; pesó despues de frio y se halló con que no habia disminuido mas que 10 onzas en 56 que puso, permaneciendo el carbon negro con gusto un poco salado. Los ácidos hacian efervescencia y lixiviado dió una sal alcali de sabor acre

y picante, que enturbiaba la disolucion de sublimado. Puesto sobre un papel polvo grosero de este carbon observó que muchas de sus partículas eran atraídas por un cuchillo imantado, y como durante toda la operacion no se habia servido de otros aparatos que de vidrio y de tierra, deduce de aquí muy juiciosamente que la miel contiene hierro. Esto le da motivo para esponer las dos teorías por medio de las cuales esplicaban entonces la existencia del hierro en las cenizas: segun la primera el hierro, al estado de disolucion ha sido absorbido por las raices y llevado á todas las partes de la planta: segun la segunda, la accion del fuego convierte una parte de las cenizas en hierro. Ninguna de las dos teorías le satisface á Lemery, lo cual le hace sospechar el que existan en la naturaleza otras varias sustancias que como el hierro puedan ser atraídas por el imán.

Como de los productos que obtuvo de la miel no hay ninguno que conserve su gusto ni aun aproximadamente, dice con este motivo, que el sabor, así como todas las propiedades de los mistos, depende de cierta union de los principios: lo dulce, segun él, procede de una mezcla íntima de un ácido con azufre ó un aceite que lo temple y lo corrige, y para probar su aserto cita el azúcar de Saturno, compuesto de plomo, metal insípido muy sulfuroso, disuelto por un ácido.

En este mismo año hizo conocer un fenómeno bastante extraño en verdad: habia comprado en una droguería gálbano, sagapeno, betun judáico y opoponaco que colocó en sacos, si bien juntos el sagapeno y el opoponaco, y cuando fué á hacer uso de estas drogas quedó sorprendido del fuerte olor á almizcle que se habia desarrollado en ellas á escepcion del betun de Judea.

Entonces fué cuando examinó las aguas minerales del jardin de Mr. Billet, en el arrabal de San Martín (París), en cuyas aguas nos dice que encontró una sal nitrosa, mezclada con una tierra enteramente arcillosa ó sulfurosa.

Otra de las Memorias notables de Lemery, dada á conocer el dia 12 de febrero de 1707, es la de *La orina de vaca, sus efectos en medicina y su análisis químico*: en ella se dan á esta secrecion, usada hacia algun tiempo por los alemanes, importantes virtudes, y esto fué motivo para tratar esta materia con

bastante estension. Empieza diciendo que en general la orina es un líquido seroso con señales de sal volátil y de aceite, cuyas sustancias activas le dan muchas virtudes y le hacen muy propio para diversas enfermedades. Examina despues la orina de distintos animales, y dá la preferencia como mejor á la de vaca, por ser este un animal muy húmedo, bastante melancólico y pacífico; y como la orina participa de su temperamento, la encuentra menos acre que las otras. Entra luego en el estudio de las circunstancias que deben concurrir en las vacas cuya orina ha de emplearse, y prefiere la que procede de las que se han criado libremente, porque segun ha observado, las que se crian de este modo dan una orina poco acre; no así la de las apacentadas en terreno limitado, y aun menos la de las criadas dentro de poblaciones, cuya acritud y fuerza son tales que enardecen sobremanera á los que la beben. Las enfermedades para que usaba este medicamento eran la ictericia, los reumatismos, la gota, la hidropesía, los vapores, la ciática y el asma; de ello trae diferentes ejemplos relativos á personas de distintos sexos y condiciones, que á ser cierto como las refiere, no debiera haberse proscripto tan útil como barato medicamento, por mas que tenga algo de repugnante. Su análisis está reducido á la destilacion del líquido y calcinacion del producto seco, siguiendo una marcha idéntica á la empleada con la miel, sin que nos diga nada de notable á no ser el que tratadas las últimas cenizas grises á la accion del cuchillo imantado no se adhirieron á él, cuya esperiencia llevaba ya hecha con el mismo resultado en el último producto de otras sustancias animales, tales como el cuerno de ciervo, el marfil, el cráneo humano, etc.

En el mismo año se ocupa del *hidromel vinoso*, líquido resultante de la fermentacion, en condiciones convenientes, de su hidromel, ó sea disolucion acuosa de miel: con este producto, dice, puede conseguirse un líquido que se asemeja perfectamente al vino de España. Ocupándose despues de sus cualidades y caracteres, manifiesta que de 6 libras de hidromel vinoso obtuvo por las vías ordinarias 32 onzas de aguardiente, y de estas 10 de un espíritu semejante al de vino, observa asimismo que con el tiempo se agriaba el hidromel vinoso,

y el líquido resultante recibia entonces el nombre de *vinagre filosófico*.

Dos trabajos de poca entidad dió á conocer Lemery el año de 1708: es el primero referente á algunas observaciones sobre la cera; lo es el segundo al análisis del maná. De aquella nos dice que por lo que ha observado no es mas que una mezcla de dos líquidos, un flegma que tiene en disolucion un ácido y un aceite. Del maná se ocupa con alguna mas estension, aunque no mucha; compara este producto con la miel y el azúcar, de los que dice difiere poco, tanto por sus caractéres físicos como por sus caractéres químicos: como ellos tiene un sabor dulce, como ellos se quema despidiendo un olor análogo al del pan tostado, como ellos es susceptible de sufrir la fermentacion y obtener un líquido vinoso, de cuyo líquido puede estraerse aguardiente, y si se deja por algun tiempo, vinagre, y por último en el análisis por vía seca da resultados idénticos á los conseguidos con la miel, incluso la presencia del hierro. En esta Memoria nos habla de un producto, que por los caractéres que le asigna, no es otro seguramente que nuestra manita: la obtuvo dejando el líquido resultante de la estraccion del espíritu ó alcohol de maná en un sitio caliente por espacio de año y medio, al cabo de este tiempo se encontró una parte líquida de sabor ágrío y otra sólida que se habia depositado en el fondo de la vasija; este producto sólido, que es el que suponemos la manita, le describe del modo siguiente: una sal esencial del maná, blanca, dura, quebradiza, formada de agujas, de un gusto ácido mezclado con un poco de dulce y es un poco purgante tomada á la dosis de una dracma.

El 13 de febrero de 1709 presentó ante sus colegas la notable Memoria *Reflexiones y esperiencias acerca del sublimado corrosivo*. Trata de probar en ella que el vitriolo empleado hasta entonces en la preparacion de este compuesto mercurial, no es indispensable, pudiéndose obtener, como él lo ha conseguido, por la sola accion de la sal marina sobre el mercurio, sin que sus caractéres se diferencien de los que reúne el obtenido por el procedimiento antiguo. La misma cristalización, la misma solubilidad en el espíritu de vino y en el agua, el mismo precipitado amarillo rojizo con el agua de cal, y blanco con el amoniaco, la

misma facilidad para obtener el mercurio dulce, todo, en fin, le hace comprender que no difiere en nada el sublimado obtenido por uno ú otro método.

Como Lemery desconocia las leyes de la afinidad creyó que del mismo modo que habia conseguido sublimado corrosivo con sal marina y mercurio, le obtendria igualmente con mercurio y vitriolo; pero pronto se convenció que no era posible con estas dos solas sustancias, y tratando de dar esplicacion á esto dice, que los ácidos del vitriolo por su gran cantidad y su finura se unen tan fácil y prontamente con una cantidad de mercurio tal que forma una masa unida y pesada que no se puede elevar.

En igual año que la anterior Memoria se ocupó del análisis de los cloportes, insectos reconocidos por Lemery como vivíparos. Este análisis difiere poco de los que hemos hablado mas atrás, hechos en sustancias animales: aquí tambien demostró la existencia del hierro.

El último trabajo de Lemery que registramos en los volúmenes publicados por la Academia de ciencias de París es en el año de 1712, y se refiere á observaciones sobre el olor desenvuelto durante la precipitacion del oro, disuelto en el agua régia, por el espíritu de sal amoniaco y por el aceite de tártaro. Habia disuelto en un matraz nuevo, oro fino en tres tantos de agua régia ordinaria y añadió espíritu volátil de sal amoniaco y algunas gotas de aceite de tártaro con objeto de hacer precipitar aquel metal; pero cuál no fué su asombro al observar que en la considerable fermentacion producida se exhalaban humos que tenian un fuerte olor á romero, el cual permaneció hasta que el oro fué precipitado y no se debilitó sino cuando el líquido arrojó pocos humos. Este fenómeno le sorprendió sobremanera, porque si bien habia observado en muchas ocasiones que el alcanfor, la canforata, la melisa y otras materias volátiles daban olor á romero, era, por el contrario, la primera vez que lo veia en una sal urinosa tal como la sal amoniaco.

Hemos terminado con la esposicion sucinta y breve de los diversos trabajos publicados por nuestro célebre Lemery, los cuales prueban suficientemente su laboriosidad, su celo, su entusiasmo por la ciencia que con tanto ardor abrazara; réstanos

ahora únicamente examinar la influencia que estos tuvieron en el progreso de la ciencia. Al aparecer en escena nuestro ilustre farmacéutico hemos dejado comprender en la narracion que llevamos hecha, que la farmacia marchaba medio á oscuras en el laberinto de tan opuestas ideas como dominaban en el campo médico; por una parte los secuaces de la escuela antigua con sus electuarios, confecciones, antídotos y demás compuestos polifármacos, restos de la farmacia árabe, no querian desprenderse de ese cúmulo de preparaciones monstruosas, comprendidas en lo que hasta nuestros dias se ha estado llamando *Farmacia galénica*, á pesar de hallarse muy distante de lo que enseñó y practicó el inmortal médico de Pérgamo; por otra los partidarios de las nuevas ideas condenando ese fárrago de sustancias, no empleaban mas que preparaciones minerales, pretendiendo dirigir el arte de los medicamentos por una vía nueva, á la cual dan el nombre de *Farmacia química*. Tenian contra sí los primeros esa porcion de sustancias inútiles y esos compuestos complicados en los que hacian entrar cuerpos de opuestas propiedades con el supuesto objeto de que cada uno obrara segun sus propiedades particulares; al paso que los segundos tenian de malo las formas misteriosas y mágicas con que revestian cuanto salia de sus manos. Tal estado no podia continuar si la ciencia habia de dar algun paso, y hé aquí el papel que le estaba destinado á nuestro Lemery, saber hermanar los verdaderos descubrimientos hechos por los que se habian dedicado á la ciencia hermética, con lo que encerraba de bueno la farmacia antigua; para conseguirlo era preciso empezar por despojar á la alquimia de toda su escoria, reemplazar su lenguaje figurado y enigmático por otro claro y sencillo, metodizar su estudio y ponerlo al alcance de todos; á la vez que se necesitaba en la farmacia galénica eliminar tantas sustancias como habia puestas en uso, inertes unas, nocivas otras y simplificar los compuestos de que hacian parte. Pero nuestro hombre con un trabajo constante de cuarenta años, tuvo la gran gloria de realizar tan importante reforma, y este es el principal título que le hace acreedor al renombre y á la estimacion en que se le tiene. Su palabra fácil y correcta y el método experimental de que se sirve, le permiten dar á sus lec-

ciones todo el atractivo y buen gusto necesarios para llamar sobre sí la atención y hacerse en poco tiempo popular. Ya le hemos visto convertido en el hombre de la moda, á cuyo laboratorio, modesto por de más, iban á escuchar sus lecciones lo mismo el jóven que el anciano, el artesano que el príncipe, el ignorante que el sábio y hasta las señoras, y allí donde no alcanza su palabra, medio el mas á propósito para conseguir renombre en poco tiempo, sus obras se encargan de dar á conocer tan raras dotes. Una vez colocado á esta altura, fácil le era ya hacer oír su voz en todas partes y dar dirección al pensamiento hasta entonces extraviado. El verifica una feliz revolución en la química, la desembaraza de los errores y extravíos de los alquimistas y la hace descansar sobre los fundamentos de toda ciencia verdadera, la observación, la experiencia y el raciocinio. Colocada ya en el buen camino, los numerosos discípulos educados en su escuela se encargan de hacer fructificar esta semilla, y de conquista en conquista se ve marchar á la química hasta llegar al estado en que la hallamos hoy. Esto por lo que respecta exclusivamente á la química; en cuanto á la farmacia vemos que Lemery, después de haberla sacado de la rutina, la hace descansar sobre bases racionales, simplifica sus principios, perfecciona sus procedimientos, aclara su marcha, pone de manifiesto su importancia y la libra para siempre de la tutela en que la tienen los médicos. Desde entonces la ciencia farmacéutica, cesando de buscar en la medicina un apoyo que tan caro se le había hecho pagar, va á demandarle á la química, á la física, á la historia natural y conquista una independencia que la permite obrar por sí, contribuyendo con todas sus fuerzas al progreso de las nobles ciencias que la han acogido.

Lemery consagrado toda su vida á observaciones prácticas de laboratorio, jamás quiso elevarse á concepciones teóricas y trabajos de erudición; así es que se detiene poco en las esplicaciones que no caen bajo los sentidos y rara vez se remonta á los conocimientos anteriores sobre los asuntos de que trata. Quizá á Homberg sea el único químico á quien cita en sus escritos con cierta complacencia. Dotado de un carácter dulce y apacible cuando se ve en la precisión de contestar á los ataques dirigidos

contra sus opiniones, lo hace siempre con cierta reserva y sin nombrar jamás sus adversarios. Si refiere alguna asercion generalmente admitida, pero que juzga poco fundada, es siempre con la restriccion de un espíritu sano, juicioso, que no concede nada á la autoridad de otros sino despues de su propio y escrupuloso exámen. Cuando sus opiniones personales descansan únicamente sobre congeturas, no las espone sino con cierto género de desconfianza y escepticismo, que es el carácter del verdadero saber; porque en ciertas materias, la duda es un primer paso hácia la verdad, y nada prueba mejor la sinceridad del sábio que conclusiones un poco tímidas, aun en aquellos asuntos que más ha profundizado.

Las costumbres privadas de Lemery eran las de un hombre de estudio y un hombre de bien. Sus relaciones íntimas estaban reducidas á su familia, á sus enfermos y á un pequeño número de amigos entre los que contaba á Regis, Duclos, Tournefort, Du-Verney, Homberg y Antonio de Jussieu. Sus correspondencias científicas casi no se estendian mas allá que de su laboratorio á la Academia. Parece que no conoció, ni aun de oidas, á Boerhaave y Stahl, químicos y profesores como él, contemporáneos y émulos suyos, ni al mismo Becher, que habia precedido á estos dos, ya fuese porque sus propios trabajos le absorbieran enteramente, ó ya á causa de la lentitud y dificultades que entorpecian entonces las comunicaciones científicas.

Para terminar este discurso debemos decir, que si la Francia puede estar orgullosa de sus glorias y de sus sábios, seguramente que á Nicolás Lemery le corresponde ocupar un lugar preferente entre estos. Pero siendo nuestro héroe uno de aquellos de quien hablamos al principio, que á fuerza de constante laboriosidad han enriquecido la ciencia con importantes conquistas, y no perteneciendo la ciencia al patrimonio esclusivo de nacion alguna, sino por el contrario, al mundo sábio, aquella á que principalmente se dedicó es á quien corresponde recibir el lauro. A la Farmacia, pues, pertenecen todas las glorias de tan ilustre sábio, y en las páginas de su historia se destacará siempre como una figura de primer orden. Biblioteca de la Santa Cruz de Valladolid del inmortal autor del Curso químico.—HÉ DICHO.



UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0618

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0618